

ZARAGOZA CAPITAL DE UN DESIERTO

EN un reciente estudio realizado por Mariano Hormigón («Andalán», número 47), siguiendo los índices de ascenso y descenso demográfico de la provincia de Zaragoza en los últimos años, se llega a la conclusión siguiente: para 1980, al ritmo actual, la densidad de población —sin contar la capital— será de diez habitantes por kilómetro cuadrado. Es la densidad que corresponde a las franjas fronterizas del Sahara y del Himalaya. Las otras provincias aragonesas tendrán, a su vez, diez habitantes Huesca, y siete Teruel, por kilómetro cuadrado. En cuanto a la renta «per cápita», según las conclusiones del seminario económico previo a la II Semana Aragonesa, Zaragoza capital disfruta de un 130 por ciento respecto a la media española, mientras el resto de Aragón sólo alcanza el 76 por 100.

Estos datos son demostrativos de una situación de hecho, que avanza implacablemente: la despoblación del campo aragonés. Mientras, la capital crece de forma agobiante, acumulando población, pero sin alcanzar un ritmo verdadero de ciudad moderna en la vida común.

Los problemas agrarios siguen sin resolverse. Los precios que los campesinos deben afrontar, ante las presiones de los intermediarios; el insuficiente funcionamiento de las cooperativas, las cortapisas crecientes a la comercialización directa de los productos por quienes los producen, etcétera, impiden un adecuado desarrollo del campo aragonés.

Los riegos que no se hicieron a tiempo han mantenido improductivas muchas hectáreas. Antes de 1980 está prevista la realización de los proyectos Bardenas II, Cinca y Monegros IV, tramo al Norte del Ebro, con noventa mil hectáreas de regadío; al Sur se regarán veinticinco mil hectáreas con la ampliación del canal Imperial, ordenación del Aranda y el Isuela, prolongación del canal de Lodosa y los trabajos en el Guadalupe. ¿Llegará a tiempo el agua para impedir que el río de hombres despueble casas y tierras? ¿Mejorará las condiciones de vida del campesino?

El anunciado trasvase del Ebro produce repulsa y cólera, no porque se llevase el agua sobrante a donde hiciera falta, sino porque no se calculaban previamente las necesidades de las regiones afectadas a largo plazo, ni sus posibilidades de desarrollo.

A la dura vida del campesinado viene a unirse su falta de posibili-



El paseo de Sagasta (hoy General Mola) fue una vía de expansión de la Zaragoza de comienzos de siglo. Lo flanqueaban excelentes edificios modernistas separados de la calle por un jardín y una verja. Muchas de estas construcciones han sido derruidas para levantar otras anodinas. Esta todavía resiste, pero puede correr pronto la misma suerte.

dades en el terreno cultural, de expansión, de realización. La gente abandona sus pueblos con sus cuatro cosas a cuestas, y se va a la ciudad de aquí o de allá, de dentro o de fuera. Les espera una vida desarraigada, un trabajo áspero y desconcertante, pero piensan y sueñan que son mayores las posibilidades de tener un sueldo fijo, una escuela y un oficio para los chicos, un hospital cerca, seguramente poco más; las cosas no están como para desear mucho.

Así, día a día, la provincia de Zaragoza se ha ido despoblando. En los años sesenta, 130.000 personas emigraron de la zona rural. En menos de diez años habrán desaparecido el 80 por 100 de los municipios. Entre tanto, la lenta implantación de algunas fábricas se hace sobre los mejores cachos de huerta. La Scat ha adquirido estupendas tierras de Villamayor; la Tudor, al parecer, algo similar en La Cartuja. En ambos casos, junto a las huertas destruidas o a punto de serlo, cruzadas de riegos y cultivos centenarios, se extienden eriales que no sirven para nada.

Una ciudad destrozada

En medio de este desierto que avanza se apelotona la ciudad de Zaragoza, dispuesta a celebrar con charanga y pandereta su bimilenario en 1976. Recuerdo que Castilla del Pino dio en estas mismas páginas, hace algunos meses (TRIUNFO, número 538), un severo toque de alarma ante la situación de Córdoba. Los zaragozanos no pueden hacer algo parecido, porque su ciudad ha sido cuidadosamente privada de casi cualquier rasgo personal acumulado por la Historia.

Dos jóvenes profesores de la Facultad de Letras de Zaragoza, Guillermo Fatas y Gonzalo Borrás, localizaron en la Biblioteca Nacional de Austria una vista de conjunto de Zaragoza. Realizada por Wijngaerde a plumilla, fechada en 1563, es la más antigua que se conoce. Este original nos descubre una ciudad de corte medieval todavía, amurallada por completo, con la espléndida Aljafería extramuros y erizada de torres mudéjares. Es el trabajo de un especialista, que reproduce fielmente la forma del casco urbano y sus perfiles.

De todo aquello queda bien poco. Los últimos ciento cincuenta años han asistido a la paulatina destrucción del casco viejo y, a la par, de los restos del pasado



Pueblos abandonados. Calle de Ruesta, junto al pantano de Yesa. Las aguas del embalse cubrieron las tierras de labor.

Juan Antonio Hormigón

con algún valor. No hace mucho tiempo, yo escribía (TRIUNFO, número 559) sobre el derrumbamiento de la capilla Cerbuna, salón del gótico tardío, que fue biblioteca de la Universidad vieja. Se hicieron entonces toda suerte de afirmaciones y proclamas sobre su restauración inmediata.

Poco tiempo después, el fuego —producido, según se dijo, por un v a g a b u n d o— chamuscó lo poco que quedaba. Finalmente, la piqueta derrumbó definitivamente todo, y ahora es un hermoso solar vallado.

Hechos como éste no hay que enfocarlos con el dolor cínico de

que se destruyan «piedras venerables», cuando tantos días se destruyen hombres. Pero no hay que olvidar que las «piedras venerables» son un producto de la Historia humana, que corresponden en muchos casos a empresas colectivas, por muy atávicas que hoy nos parezcan. Su destrucción,

por desidia o por avaricias especuladoras, es un síntoma de cuáles son las actitudes e intereses de quienes gobiernan la comunidad. Desidia y avaricia que han acabado casi totalmente con la Zaragoza medieval y su judería, con los caserones y palacios renacentistas, con conjuntos urbanísticos del dieciocho, o con edificios modernistas de la primera expansión de la ciudad, a comienzos de siglo.

1970				1980			
Huesca	Teruel	Zaragoza	Aragón	Huesca	Teruel	Zaragoza	Aragón
222.238	170.284	760.186	1.152.708	205.825	132.364	848.007	1.186.169
33.185	21.638	479.845	534.668	43.897	23.314	682.993	750.204
189.053	148.646	280.341	618.040	161.928	109.050	165.014	435.965
14	12	44	24	13	9	49	25
319	118	453	—	422	127	644	—
12	10	17	13	10	7	10	9

DENSIDAD ESPAÑA 1970 — 67,0

Desarrollo demográfico de Aragón. Cuadro elaborado por Mariano Hormigón. Fuentes: Anuario Estadístico INE y elaboración propia.

Sorpresas del subsuelo

Lo peor que puede ocurrirle a un constructor es que en uno de sus solares en excavación aparezcan unas ruinas importantes, la Dirección General de Bellas Artes se entere y las expropie para su conservación. Zaragoza es ciudad de fundación romana, de importancia indudable por su situación estratégica y la solidez de sus murallas, de las que quedan escasos, aunque elocuentes, restos. En el subsuelo de un área comprendida entre el Coso y el Ebro, la Magdalena y el mercado, teniendo como ejes Norte-Sur las calles de Alfonso I y Jaime I, y

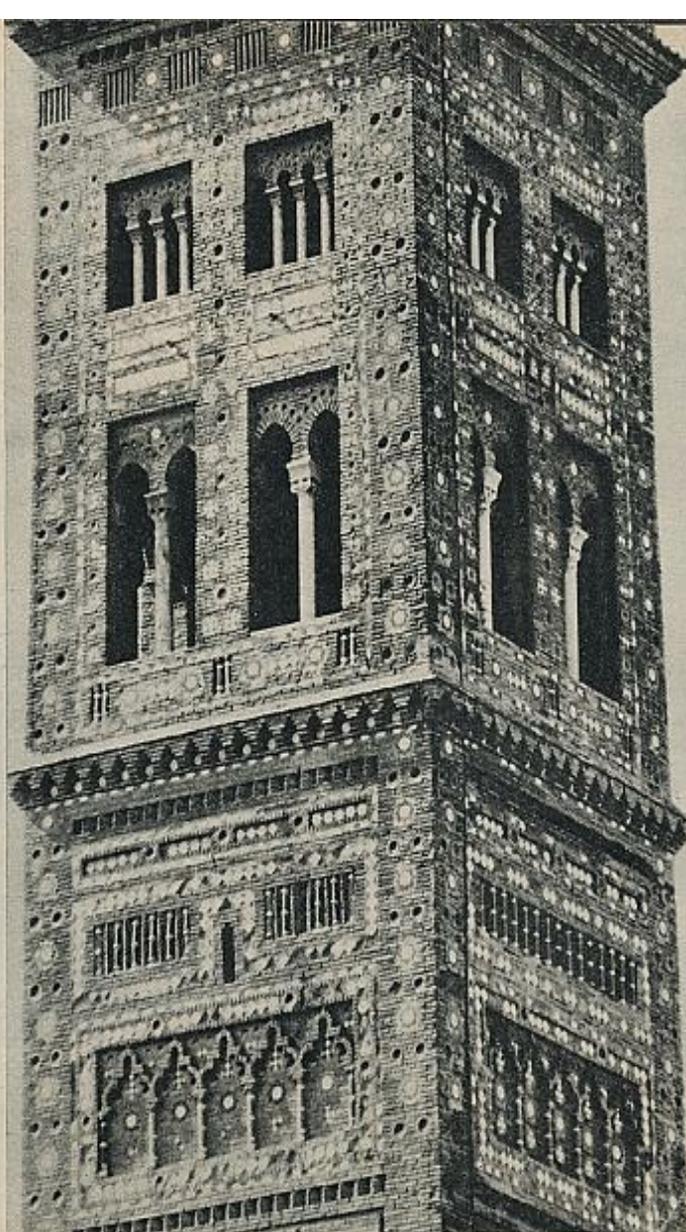
Este-Oeste, la calle Mayor, se halla la Zaragoza romana, y en estratos superiores, la medieval, con su judería.

Nadie puede, por tanto, sorprenderse de que en muchas obras de infraestructura, consolidación o derribo hayan aparecido restos de interés variable. Parece ser que algo así ocurrió en los trabajos de edificación del área que comprendía el antiguo cuartel del Carmen, extramuros de la ciudad romana. Aparecieron, según se dice, restos romanos abundantes y sólidos. Nadie puede dar, de todos modos, una opinión autorizada, porque fueron volados con dinamita para proseguir las tareas de cimentación.

Hace unos meses, en otro solar perteneciente a la Caja de Ahorros de Aragón y Rioja, situado junto al actual teatro Principal y en el corazón de lo que fue la Zaragoza romana, comenzaron a aparecer durante las excavaciones espigones compactos de otro material. Estas estructuras tenían cierta forma radial y eran muy duras, las máquinas utilizadas no podían con ellas. Un vecino de las casas que dominan el solar notó algo raro y avisó a un periodista. Este se personó acompañado del profesor Fatás, quien fue el primero en afirmar que se trataba del teatro romano.

Descubiertas parcialmente las estructuras, es identificable el mortero durísimo típico de las grandes construcciones romanas, como el circo de Itálica, por ejemplo. Se conservan parte de los muros radiales sobre los que se apoyan las gradas, del muro semicircular exterior y de los accesos. Las tres primeras gradas se encuentran en mejor estado, e incluso conservan el revestimiento de piedra. También ha aparecido el arranque de la «scaena», que se introduce en los cimientos de dos edificaciones contiguas, una residencia de jesuitas y locales de la propia Caja de Ahorros.

Hay quien mantiene que también en este caso quiso ocultarse el descubrimiento. Sin entrar ni salir en la cuestión, lo cierto es que lo que queda del teatro romano de Zaragoza se ha salvado por el momento. Lo más urgente ahora es «descubrir» la parte del escenario que se oculta bajo los dos edificios colindantes. Después, dar un destino correcto a este hallazgo, de indudable interés. Existe, por ejemplo, una propuesta típica de mentalidades tecnocráticas: construir el edificio previsto sobre grandes pilares,

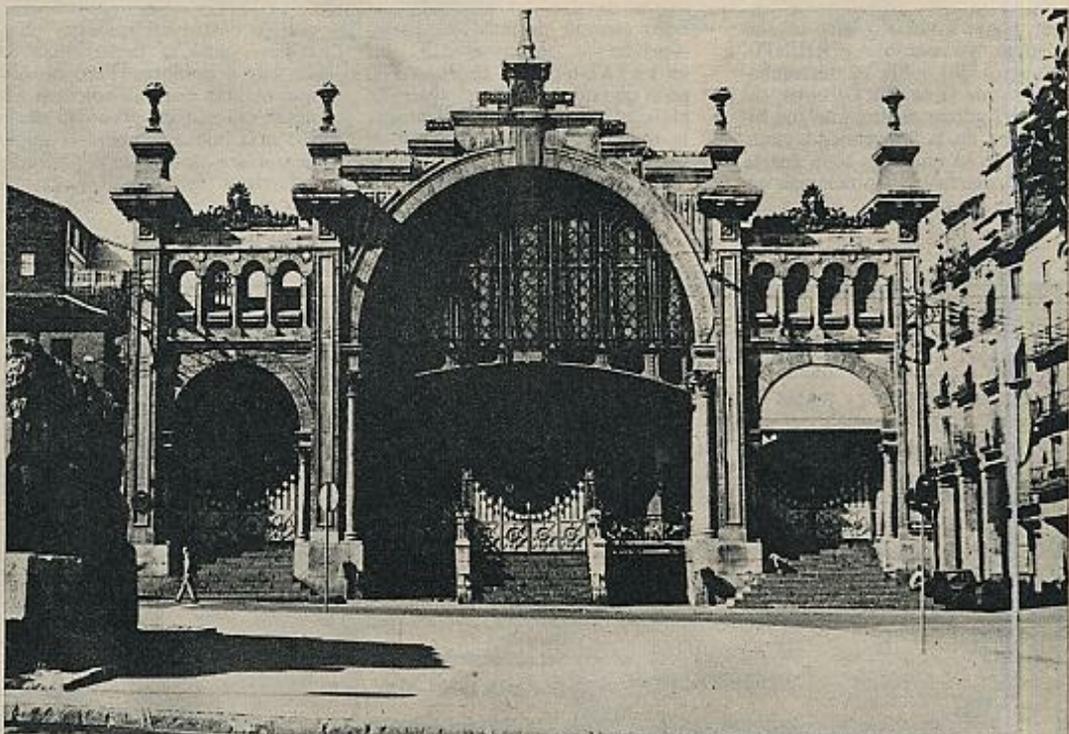


El mudéjar es un estilo aragonés por excelencia. Los olatífes hicieron con ladrillos y azulejos complejas ornamentaciones. Torre de la Iglesia de la Magdalena, una de las pocas que han resistido y siguen en pie.

dejando las ruinas del teatro en una especie de subterráneo que pudiera convertirse en restaurante o algo parecido. Pocos pueden estar de acuerdo con esta solución; sólo, quizá, los constructores del edificio. Son muchos los zaragozanos que propugnan, por el contrario, una reconstrucción, en la medida que lo permita el estado actual de los restos, y el ajardinamiento posterior de la zona recuperada como espacio libre y peatonal para la ciudad. Yo sospecho que mucho tendrán que luchar los que defienden esta segunda postura para que prospere.

Entre el caos y el cambio

Podrían llenarse páginas y páginas con la especulación del suelo, el caos urbanístico, la impersonalidad de las construcciones de Zaragoza, la ciudad que pretende elevar a mito histórico oficial su bimilenario. Podríamos hablar de gastos inútiles, como el remozamiento del paseo de Marina Moreno, que se encontraba en perfectas condiciones, para convertirlo en una canija ostentación, que no oculta las perentorias necesidades de asfalto, agua, luz, escuelas, guarderías, etcétera, de amplias zonas o barrios. Podríamos hablar de extra-



Una muestra del modernismo. Mercado Central de Zaragoza (1903). El proyecto de la Avenida Imperial exige en principio su desaparición. Todavía no está previsto ni el emplazamiento ni la nueva dedicación de este edificio estimable.

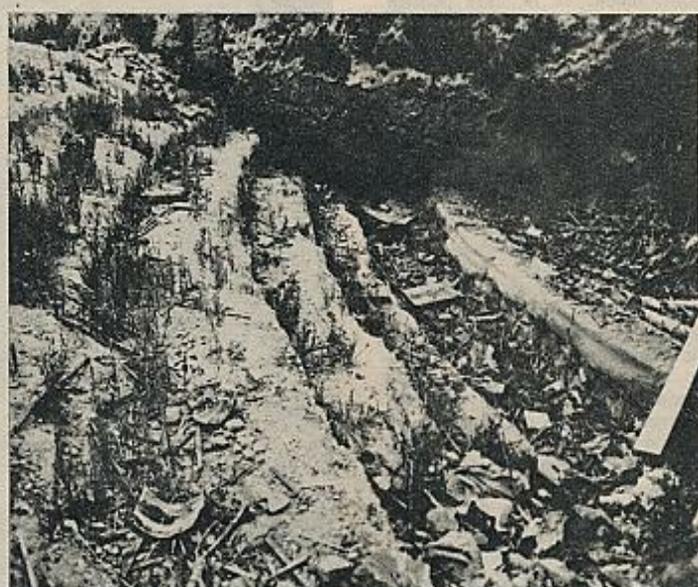
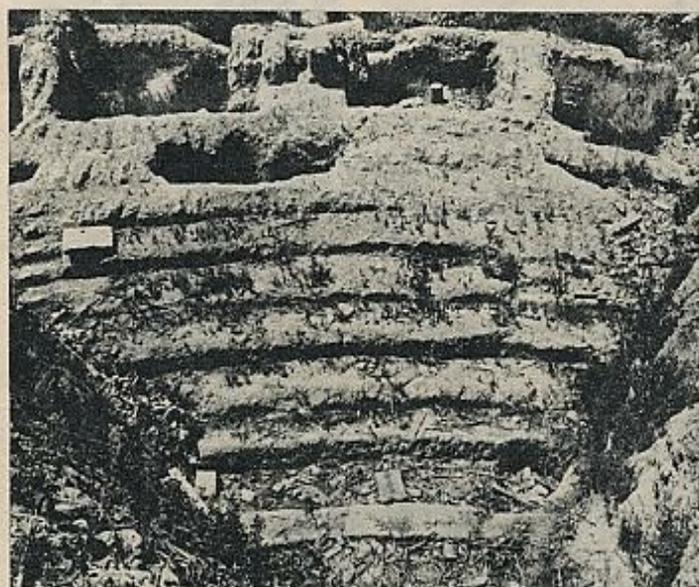
ZARAGOZA, CAPITAL DE UN DESIERTO

ñas concesiones por cincuenta años a una empresa privada (un particular y dos Bancos) para construir un Parque de Atracciones a lo madrileño, y explotarlo a fondo mediante el empleo de toda suerte de argucias. No importa que para ello se hayan destruido veinte mil pinos de la escasa riqueza forestal de los alrededores zaragozanos. Tampoco

un primer escalón de una posible gestión popular. Dependiendo de ellas, las comisiones juveniles han demostrado la iniciativa de la juventud para programar actividades colectivas (recitales, en este caso), rescatando para ello un auditorio al aire libre. Es verdad que han tenido que vencer muchas resistencias, en particular la del concejal delegado de Cul-

Aragón, sino a estudiar y comprender, asumir y transformar la tierra en que viven y los hombres que la habitan. Grupos de economistas, sociólogos, historiadores, periodistas, etcétera, ligan cada vez más su trabajo a esta raíz regional, proyectándola después sobre el conjunto del país. Gentes que antes ejercían su actividad de forma individual o lejos de

mo el quincenario «Andalán». Surgido gracias al tesón y tenacidad del que es su director, Eloy Fernández, y a la flexible percepción del porvenir de Carlos Royo Villanova, su coeditor, el periódico aglutina a su alrededor un equipo amplio, representativo y, a estas alturas, experimentado. De las muchas cosas que pudieran decirse de «Andalán», la más



Estado actual de las excavaciones del teatro romano de Zaragoza. Vista de los muros radiales que sostenían las desaparecidas gradas, y el arranque de la «scaenae», que conserva el revestimiento de piedra. También pueden apreciarse las primeras gradas. La estructura se extiende bajo los cimientos de las casas colindantes.

tiene demasiada importancia, en consecuencia, que una placa de agradecimiento al alcalde, por designación, señor Horno (don Mariano), presida la puerta de acceso al controvertido Parque de Atracciones. La sociedad promotora agradece al munícipe sus desvelos para que este negocio haya caído en sus manos.

A pesar de estas y otras muchas historias, la ciudad, y aun la región, están sufriendo un profundo cambio social. El crecimiento de Zaragoza capital, su desarrollo industrial y comercial, ha roto en buena medida las viejas dependencias caciquiles. La sociedad zaragozana ha adquirido en muchos sectores una dinámica más rápida y una conciencia clara de hacia dónde quiere ir. Han surgido, por ejemplo, asociaciones de barrio capaces de afrontar problemas que afectan a sus condiciones de vida inmediatas; son

tura, un médico, exiliado y, al parecer, oficial en la Croacia de Ante Pavelic, la estrecha colaboradora de los nazis, que se llama Zvonimir Putizza Matich. De todos modos, por una vez, la voluntad de los jóvenes zaragozanos pudo más que los deseos del señor Putizza, al que el Ayuntamiento zaragozano, si nadie lo remedia, pondrá, suponemos que en su honor, a una nueva vía el nombre de calle de Croacia.

Otro fenómeno importante ha sido la toma de conciencia regional. En un espacio de tiempo muy corto, sectores importantes de aragoneses, tras rechazar las alusiones líricas o patrioterías elaboradas por la oligarquía sobre lo aragonés, han comenzado a plantear y definir la dimensión histórica de su regionalidad. No sólo están dispuestos a terminar con la mitología del cazurrerismo que ha caído durante años sobre

Aragón, forman ahora colectivos de trabajo fuertemente unidos a la región, intentando, a través de su estudio de la realidad concreta, incidir en el desarrollo global español. Las Semanas Aragonesas, celebradas en 1973 y 1974, son, en parte, la cristalización de esta unión de fuerzas. Buen ejemplo son igualmente libros, como el «Despierta, Aragón», de Royo Villanova, o «Zaragoza contra Aragón», de Grilló Gaviria, cada uno desde su óptica personal; los estudios sociológicos de Grilló, Gastón y sus colaboradores, los trabajos sobre economía aragonesa de J. A. Biescas, la actividad informativa de lucha regional de periodistas, como Granell, Fernández Ordóñez, Larrañeta, Chición, etcétera, y muchas otras actividades y nombres, que podrían incluirse en esta breve relación.

Papel importante ha jugado en este proceso una publicación co-

importante, sin duda, es que ha servido de vehículo y aglutinador a esta conciencia aragonesa renaciente. Su posición crítica, de alerta y alarma, de denuncia y señalamiento, de propuestas de construcción y de actitudes ante la realidad, ha movilizado núcleos cada vez más amplios de aragoneses hacia la tarea colectiva de defender una tierra que se les va a pedazos, de unirse para luchar por ellos mismos.

Zaragoza puede ser la capital de un desierto, pero ni la ciudad ni la región están muertas. Existen muchos hombres y mujeres en las tierras que van del Pirineo a la sierra de Albarracín, del Somontano o la Ribera a las Tierras Bajas, del Moncayo a las minas Turulenses, capaces de transformarla y hacerla marchar. Se ha roto el aislamiento y la inacción. ■ J. A. H. Fotos: SANCHEZ MILLAN.